

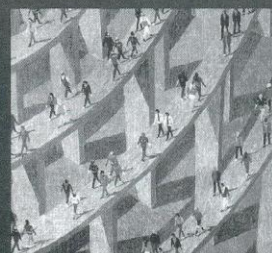
MANIFIESTO ULTRAMODERNO

¿Dónde está la filosofía en este fin de siglo mediático-tecnológico? Tal vez en Babia, ese país imaginario adonde los antiguos reyes decían que se iban cuando se iban de picos pardos. La cultura *flash* ha contaminado también la filosofía, que se adelgaza en hermenéuticas interminables, ocurrencias de salón, ensayitos fragmentarios, aforismos y otras migajas. Aumenta el número de *fast thinkers*, de pensadores instantáneos que parecen poseer todas las respuestas.

El fin de siglo está todavía preocupado con el debate entre la modernidad y la posmodernidad. ¿Qué es lo que se discute bajo estos tecnicismos? La modernidad, que arranca del pensamiento ilustrado, se define por el culto a la razón y a la ciencia, la confianza en la técnica para resolver problemas. Defiende que hay una verdad común, una ética universal, una historia compartida por toda la humanidad, que se desarrolla por sendas de progreso. El posmodernismo, creación de este siglo, se siente escaldado por las consecuencias de la modernidad. Cree que la razón se ha desmelenado por un afán de poder técnico y nos ha metido en un callejón sin salida. Su eficacia ciega ha esquilmado el planeta. Su confianza en la verdad ha llevado al dogmatismo, al fanatismo, al etnocentrismo, al colonialismo y a otras injusticias semejantes. Los posmodernos piensan que hay que devolver a cada cultura su autonomía, cosa que parece justa, pero añaden que todas ellas son equivalentes, lo que parece excesivo.

Hace años describí el talante posmoderno como una "utopía del ingenio". Tiene un atractivo aire de ligereza, de juego, de falta de compromiso, de gusto por la incoherencia, que a todos nos parece refrigerante. Hay un sentimiento de provisionalidad, indeterminación, superficialidad agradable que facilita el rápido juego de encuentros y desencuentros, de lágrimas fáciles y consuelos vertiginosos, al parecer sin graves riesgos. ¿Podemos aspirar a más? *There's nothing serious in mortality; all is but toys*. Ya lo dijo Shakespeare. En comparación con tanta frescura, las duras nociones de verdad, imperativo, voluntad,

José Antonio Marina



*Crónicas de la
ultramodernidad*

ANAGRAMA
Colección Argumentos

tan caras a la modernidad, aparecen como tarascas hostiles y amenazadoras, dispuestas a engullirnos.

Después del paisaje de jauja que les he pintado, casi no me atrevo a decir que tenemos que zanjar el debate y dar paso a un nuevo estilo de pensar, al que me gusta llamar ultramodernidad. En un mundo que sigue siendo vulnerable y trágico, la experiencia posmoderna se mantiene sólo como un producto secundario de una sociedad lujosa, estable y reaccionaria. Es un juego de pirotecnia que luce en la noche sobre una ciudad alegre y confiada.

Baudrillard, uno de los autores influyentes de la posmodernidad, escribe lo siguiente: "Ha habido una orgía total, de lo real, de lo racional, de lo sexual, de la crítica y de la anticrítica, del crecimiento y de la crisis de crecimiento. Hemos recorrido todos la producción y la reproducción virtual de objetos, de signos, de mensajes, de ideologías, de placeres. Hoy todo está liberado, las cartas están echadas y nos reencontramos colectivamente ante la pregunta crucial: "¿Qué hacer después de la orgía?"

Los signos de alarma llegan desde varios puntos. En primer lugar los críticos políticos señalan que el pensamiento posmoderno es reaccionario. Si fuera verdad que ha terminado la época de los grandes relatos, como defendía el recientemente desaparecido Lyotard, entonces habría terminado la gran historia de la emancipación humana. Si fuera verdad que hemos de rechazar la idea de progreso, resultaría que la democracia occidental y el régimen de Pol Pot son equivalentes. Si todas las culturas son igualmente valiosas, entonces también resultan iguales el respeto a los derechos humanos, la ablación del clítoris, las guerras de conquista, el genocidio, los derechos de los niños, pues todo se puede considerar peculiaridad cultural.

Las feministas americanas, cuyo discurso es muy poderoso y agudo, se han dado cuenta de esta trampa mortal. Todas las minorías reivindicativas -mujeres, afroamericanos, gays, etc.- acogieron con fervor el pensamiento posmoderno porque revelaba las ocultas maquinaciones del poder y de la dominación y reivindicaba los derechos de la diferencia. Pero, pasado el momento de la fascinación, algunas intelectuales comprendieron que la defensa de la diferencia consagraba el valor de cualquier diferencia, incluido el machismo. Si todas las creencias son iguales, si cada grupo define sus pro-

prios valores, si los lenguajes son intraducibles, si no hay posibilidad de historia común, volvemos a la tiranía del más fuerte. Irremediablemente la utopía ingeniosa termina en violencia a no ser que nos convirtamos antes en ángeles, lo que es dudoso.

Otro motivo de alarma ha sido la pérdida del sujeto. Como decía un *graffiti* anónimo: "Dios ha muerto, el sujeto ha muerto, y yo no me encuentro nada bien". Tener las ideas claras sobre este asunto es importante porque las creencias no sólo determinan nuestra manera de pensar sino también nuestra manera de sentir. Les pondré otro ejemplo. La posmodernidad ha alumbrado un nuevo modelo amoroso, al que he llamado "amor mercurial". Inventivo y desengañado a la vez. Los protagonistas no quieren apelar a ningún patrón exterior. Para ellos, la propia relación amorosa es el único referente, el canon de sí misma. Ningún amor es parecido a otro. El proyecto común es mantener una relación mientras resulte psicológicamente gratificante.

La situación se hace conflictiva porque el amor mercurial no tiene soportes externos y debe fundarse en la intimidad, la confianza y la autenticidad, valores que dependen de la índole del sujeto que los posee. Pero resulta que la cultura posmoderna está fomentando un sujeto que se caracteriza por su plasticidad y su incoherencia.

Todos estos problemas, y otros más, recomiendan el paso a la ultramodernidad. ¿Pero qué es la ultramodernidad? Ante todo una teoría de la inteligencia. La modernidad identificó la inteligencia con la razón. La posmodernidad con la creación estética. Aquella se movía bien en lo universal, pero olvidaba lo concreto y no sabía qué hacer con los sentimientos. Ésta se despepita por la diferencia pero no sabe cómo llegar a lo universal. Los ultramodernos creemos que el trabajo de la inteligencia es a la vez más humilde y más trascendental. Su función es dirigir el comportamiento para salir bien parados de la situación en que estamos.

Tradicionalmente se ha dicho que la inteligencia consiste en resolver problemas. La verdad de esta afirmación se evapora si nos referimos sólo a problemas teóricos, cognitivos. Los problemas que de verdad nos importan son más complejos, afectan a nuestra vida, implican esperanzas, miedos, amores, odios, toda la basta flora del sentimiento humano. Además, no se



resuelven cuando se “conoce” la solución sino cuando se ejecuta. La inteligencia humana termina en la acción, que siempre es concreta. Gracias a ella lo irreal puede hacerse real. En esto consiste la creación, que es un acto de inteligencia pero también de ánimo y valentía. “De nada vale que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda”, escribió Gracián. La idea de inteligencia que nuestra cultura está manejando desde hace siglos nos está pasando la factura. Pensar que resolver ecuaciones diferenciales es una demostración más clara de inteligencia que organizar una familia feliz, es una insensatez, y además una insensatez peligrosa.

Frente al paradigma moderno de la inteligencia como razón, y al paradigma posmoderno de la inteligencia como creatividad, los ultramodernos defendemos un paradigma ético de la inteligencia. Esto parece una propuesta rara e incluso anacrónica. También yo lo pensaba así cuando hace cinco años escribí *Teoría de la inteligencia creadora*. En este libro estudiaba las actividades más espectaculares de la inteligencia: la ciencia, la poesía, la técnica, el arte, los juegos y los deportes. No se me ocurrió incluir la ética, que me parecía el resumen de lo convencional, fijo, determinado, normativo. Pero no tardé en darme cuenta de que si la inteligencia se caracteriza por inventar soluciones a problemas nuevos, no hay problema más complejo, urgente, necesario y profundo que la búsqueda de la felicidad humana. De esta se ha ocupado tradicionalmente la ética, por lo que tuve que hacerle un hueco dentro de las tareas de la inteligencia creadora.

El cambio de paradigma nos obliga a forjar nuevos conceptos y recuperar conceptos antiguos. Un cambio en la idea de inteligencia altera toda la cultura, de la misma manera que una piedra en un estanque agita toda el agua.

Seguiré con los ejemplos. La posmodernidad defiende un relativismo lingüístico. No podemos salir del lenguaje, y el lenguaje nos proporciona el marco general de comprensión del mundo. En el siglo pasado tuvo mucho éxito la tesis de Humboldt, quien afirmaba que la lengua organiza la realidad en distintas categorías gramaticales y determina por tanto un pensar y un percibir según la peculiar organización de su éxito y según su categoría gramatical. Whorf retomó la idea, afirmando que el lenguaje determina nuestras percepciones. Los antropólogos, por su parte, han reforzado esta creencia. Los más extremistas creen que ni siquiera se puede hablar de una naturaleza humana, puesto que incluso las estructuras psicológicas dependen de la cultura.

Afortunadamente esas afirmaciones pueden someterse a evaluación científica. En el *Diccionario de los sentimientos*, que acabo de publicar en Anagrama, he intentado demostrar que existen sentimientos comunes a toda la humanidad, y que sus designaciones pueden traducirse de una cultura a otra. Les pondré algún ejemplo.

El pintupi, un lenguaje aborígen australiano, tiene varias palabras emparentadas con la *tristeza* occidental. Analizaré una: *watjilpa*. Significa una preocupación acompañada por pensamientos sobre el país y los familiares, que llega a producir enfermedad, lo que recomienda acudir al médico de la tribu. Da la impresión de ser un sentimiento peculiar y primitivo. Sin embargo, cuando Myers lo estudia con más detenimiento, deja de parecernos lejano. Escribe: "El corazón del concepto se refiere a la separación de objetos o personas familiares y de los lugares y las personas entre los que uno ha crecido y donde uno se siente seguro y confortable. En las historias recogidas los pintupi hablan de sus viajes y de la *watjilpa* que les hace volver a su país. Un amigo que no ha visto su tierra en mucho tiempo me explica: "Cierro los ojos y puedo verla, es muy verde. Hay una roca y una colina donde acostumbraba ir a jugar. Todo esto me pone *watjilpa*".

Es fácil comprobar que ese sentimiento está muy próximo a la *nostalgia* castellana, la *saudade* portuguesa, la *homesick* inglesa, la polaca *tesknota*. Y así podríamos seguir un buen rato.

En fin, a los ultramodernos, que somos cautos y pacientes, nos gusta someter a prueba las

teorías que nos presentan, porque creemos que es posible justificar su verdad o falsedad.

Otra idea que el nuevo paradigma de inteligencia nos fuerza a recuperar es la de un sujeto fuerte, que pelea por su autonomía psicológica y social, para ponerse a salvo de dependencias, sumisiones, espasmos impulsivos, determinismos, trampas. Autonomía sólo quiere decir elegir los propios fines, justificarlos y llevarlos a la práctica. La ultramodernidad es una cultura de los fines, porque es el fin el que ilumina el mundo presente. La elección de un fin, de un proyecto, revela las posibilidades de la realidad. Es el comienzo de toda obra creadora. Es en este punto donde asumimos el afán creativo de la posmodernidad.

(Nota al margen: Como verá el lector, hay proyectos privados que sólo pueden lograrse dentro de un proyecto social. Nuestra felicidad personal no es tan personal como parece. La inteligencia rompe desde dentro las murallas privadas cuando busca la verdad y también cuando busca la felicidad.)

Pero no basta con cualquier fin, con cualquier proyecto, con cualquier escape hacia el futuro. Lo que define a la inteligencia es salir "bien" del conflicto. Hay buenas y malas salidas. Se trata de saber cuáles son. La modernidad sostuvo que las buenas salidas eran las mismas para todos. La posmodernidad, escéptica y burlona, dice que vivimos en un régimen de sálvese quien pueda. La ultramodernidad es más cauta, más realista, más esperanzada y más trabajadora. Piensa que somos protagonistas de una gran creación precaria y aún titubeante, del esfuerzo por constituirnos como una especie dotada de dignidad, que se confiere a sí misma derechos.

Esto nos permite leer nuestra historia como el lento alejarse de la selva. Ojalá todos nos reconociéramos en la historia que nos une y no en los miles de historias que nos separan. Los ultramodernos nos empeñamos en contar ese gran relato común y progresista. Cuando la posmodernidad niega la idea de progreso nos está queriendo convencer de que la esclavitud es igual que la libertad, la tiranía comparable con la democracia, la negación de derechos con su reconocimiento y defensa. Por eso es reaccionaria y mentirosa.

Terminaré respondiendo a Baudrillard, ¿Y después de la orgía, qué? La ultramodernidad.